



## COPLAS FUNEBRES, LASTIMOSAS Y CONTEMPLATIVAS,

*de los lamentos que dan las benditas ánimas del Purgatorio implorando el favor y auxilio á todos los fieles cristianos, el socorro y alivio de sus mayores penas y tormentos, esperando las saquen de allí para descansar en el Señor.*

### PRIMERA PARTE.

Oid, mortales, oid,  
devotos contemplativos,  
almas piadosas y santas,  
de corazón compasivo;  
los que sabéis sentir penas  
de padres, madres é hijos,  
abuelos, tíos, hermanos,  
parientes, deudos y amigos.  
Oigan todos los mortales,  
porque á todos les convido:  
oigan los tristes lamentos,  
los ayes y los suspiros,  
las voces tan lamentosas,  
los dolores y gemidos,  
las quejas tan bien fundadas  
y los lamentables gritos  
que las ánimas nos dan  
desde el Purgatorio mismo,

expresando sus tormentos,  
sus penas y sus martirios,  
pues de continuo están dando  
estos lamentables gritos:  
¡Ay qué tormento y martirio!  
que nos abrasamos vivas  
en este fuego continuo:  
¡Ay qué angustia, qué congoja,  
qué agonía, qué suspiros!  
¡Ay qué voraz elemento,  
que no podemos sufrirlo!  
en fuego estamos ardiendo:  
¡Ay Dios mio, ay Dios mio!  
¡quién nos sacará de aquí!  
con lágrimas lo pedimos.  
¡Misericordia, cristianos!  
¡piedad, parientes y amigos!  
acordaos de nosotras

por amor de Jesucristo.  
Pecador que con tus culpas  
tienes á Dios ofendido,  
hombre obstinado, que estas  
en todo mundano vicio  
engolfado, ¡mira, teme  
de Dios el justo castigo!  
Las ánimas te suplican,  
Dios te da muchos avisos,  
y tú te haces sordo á todo  
tapándote los oídos:  
mira, repito, y atiende:  
si no te has compadecido  
de las ánimas benditas  
y sus lastimosos gritos,  
oirás otros mayores  
que cause temor oírlos;  
esclaman las pobres almas  
anegadas en suspiros:  
«moveos á compasion,  
tiernos y contemplativos,  
en el purgatorio estamos  
padeciendo mil martirios;  
mas abajo está el infierno;  
¡qué llantos y qué gemidos!  
se oyen tantas maldiciones  
con horribles alaridos,  
y tales imprecaciones  
que no me atrevo á decirlo.  
¡Ay que nuestros corazones  
en pedazos divididos,  
esclaman á Dios diciendo:  
¡ay, Bien mio, ay, Bien mio!  
¿cuándo saldremos de aquí  
para á la Gloria subirnos!  
¿Cuándo saldremos de aquí?  
muchas veces repelimos.  
Cuándo llegará la hora  
de ver á Dios infinito?  
¡Ay! que estamos padeciendo  
un gran dolor, un martirio,  
una congoja, una pena,  
una llama, un fuego vivo,  
que cada día es un año  
y cada año es un siglo.  
¿Qué decis, fieles cristianos?  
Corazones compasivos,  
tened piedad de estas pobres,

no esteis endurecidos,  
porque aquí estamos gritando:  
ya los padres á los hijos,  
ya los hermanos á hermanas,  
ya la mujer al marido,  
ya los hijos á sus padres,  
ya el amigo á sus amigos,  
ya el pariente á sus parientes  
y á todos os damos gritos.  
Pongamos aquí un ejemplo:  
si un padre viera á su hijo  
ó un hijo viera á su padre  
abrasarse en fuego vivo,  
¿no acudierais á sacarle?  
sí, porque preciso os era,  
y además por lo bien visto.  
Pues mortal, si esto conoces  
¿cómo estás endurecido?  
como no nos ves arder  
no haces caso de estos gritos:  
pues mortales, acordaos  
de darnos algun alivio.  
Nosotras como vosotros  
en el mundo hemos vivido,  
y cuando menos pensamos  
la muerte nos cortó el hilo;  
y por la sentencia justa  
de nuestro Dios infinito,  
y quedar purificadas,  
al purgatorio venimos,  
porque morimos en gracia  
de aquel Señor clementísimo.  
Mas, ¡ay Jesus de mi alma!  
ya clamamos, ya decimos  
á nuestros testamentarios  
y á herederos lo mismo,  
no cumplen con nuestras mandas  
que antes de morir hicimos.  
¡Ay que no cumplen las misas  
ni aplican los sacrificios!  
clamamos á los devotos  
ea pues, por Jesucristo,  
apiadaos de nosotras,  
mostraos enternecidos,  
por tan crueles tormentos  
procuradnos el alivio.»  
Y en otra parte dará  
el romance concluido.



## SEGUNDA PARTE.

Voy a referir las penas  
y tormentos martirios  
que las ánimas padecen  
en el purgatorio dicho.  
Padecen pena de daño,  
tanto con la del sentido;  
la pena de daño, es  
no ver á Dios infinito,  
aunque tengan la esperanza  
de gozar Bien tan divino;  
sienten mucho aquesta pena,  
que lamentan de continuo,  
por el deseo que tienen  
de gozar con Jesucristo.  
La pena que luego sigue  
es la pena del sentido,  
la que en el fuego padecen  
de tormentos y martirios.  
Atended á lo que dice  
mi Santo Tomás de Aquino:  
«Lo que padecen las almas  
es en grado tan subido,  
que se acerca á los tormentos  
que padeció Jesucristo  
en su sagrada Pasión.»  
¡Oh, válgame Dios, devotos,  
que no lloreis al oírlol  
Asado fué en las parrillas  
un San Lorenzo bendito;  
una mártir Santa Eulalia  
padeció un atroz martirio,  
su cuerpo al fuego quedó  
en pavesa convertido;  
una Catalina mártir  
por la fe de Jesucristo.

fué arrojada en una rueda  
de navajas y cuchillos.  
Cotejando todo esto  
y todos cuantos martirios  
han padecido los santos,  
y los mártires invictos  
cada ánima padece  
en el purgatorio mismo.  
Ea, pues, almas devotas,  
todas las que habeis oído  
esto que yo he comparado,  
decid: ¡que habeis comprendido!  
¿no habeis oído decir  
las penas y los martirios,  
ardores, llamas, incendios,  
tormentos de fuego vivos  
que las ánimas padecen?  
Consideradlas, os digo,  
en las llamas abrasadas,  
en tinas de fuego unas,  
otras metidas en rios  
de llama, y otras las fieras  
las están despedazando;  
pestilente hedor á otras  
las atormenta el olfato,  
con otros varios tormentos  
que causan horror y espanto  
solamente el referirlo,  
¡qué será verlo y pasar lo  
noche y dia, sin cesar  
un punto su pena y llanto!  
Compadezcámonos, fieles,  
y procuremos su alivio;  
ofrezcamos oraciones,  
limosnas y sacrificios.

que es tan alta y agradable.  
esta devocion en Cristo,  
que dice: si yo estuviera  
ardiendo en un fuego vivo  
y me sacasen de alli.  
lo agradeciera infinito,  
tanto que al que me sacara,  
le diera el cielo empireo.  
Pues de esta suerte agradece  
el socorro y el alivio  
que por las ánimas hacen  
los corazones benignos;  
y toda aquesta doctrina  
con un ejemplo confirmo.  
Habia un rey muy devoto,  
de las almas compasivo,  
que hacia muchos sufragios,  
limosnas y sacrificios;  
le sucedió á este buen rey  
de hallarse perseguido  
por otro rey muy cruel,  
que se declaró enemigo  
invadiendo sus Estados.  
Viéndose en tal conflicto,  
resolvió salir á dar  
la batalla al enemigo  
con tan poca gente, que  
se contaba por vencido;  
pero al punto de empezarla,  
¡oh qué admirable prodigio!  
se apareció un escuadron  
muy arrogante y lucido  
de soldados tan briosos  
y bellos como el sol mismo,  
mas rubios que serafines,  
blancos como los armiños;  
sus armas eran brillantes  
y de gala sus vestidos;  
cada uno un estandarte  
lleva con un lema escrito  
que decía en un renglon:  
**MILICIA DE JESUCRISTO.**  
Admirado de ver esto  
el ejército enemigo,  
es envió una embajada

y de esta suerte les dijo:  
¿De dónde os vino, señor,  
este esfuerzo imprevisto?  
y el muy bizarro jefe  
atento ha respondido:  
decidle á vuestro rey  
de parte de Dios venimos,  
nosotros somos soldados  
de la milicia de Cristo,  
que por su piedad gozamos  
la gloria del Cielo empireo;  
ánimas del purgatorio  
al descanso hemos subido.  
Que á este rey sus Estados  
le vuelva, si no decimos  
que él y todo su reino  
será luego destruido.  
Le fué dada la noticia  
al rey invasor maligno;  
quedó tan maravillado  
de este admirable prodigio  
que devolvió sus Estados  
al otro rey su enemigo.  
Hicieron con él las paces,  
y el ejército lucido  
al punto subió á los cielos  
y á los devotes les dijo:  
veis que las ánimas libran  
á los buenos del peligro.  
Y nos dicen ahora á todos,  
devotos, á vos pedimos  
una misa ó un rosario  
por amor de Jesucristo;  
mandadnos un Via-Crucis  
en caridad encendidos;  
aplicad un jubileo  
á un piadoso ejercicio,  
una bula por nosotras  
y vereis cómo salimos  
de las penas en que estamos  
y rogaremos á Cristo  
que vayais á acompañarnos  
en su gloria, Cielo empireo,  
donde *requiescant in pace*  
por los siglos de los siglos. Amen.

MADRID. — Despacho: Sucesores de Hernando, Arce

